

Un nuevo álbum en nuestra vida

Estamos en el primer mes del año. Quizás habremos recordado estos días la conocida metáfora del flamante álbum que nos regala el Señor cada vez que comenzamos un nuevo año. De nosotros depende que las páginas de ese álbum, que ahora están en blanco, se llenen diariamente de un puñado de cosas buenas, plasmadas con esmerada caligrafía. O, por el contrario, que con negligencia dejemos pasar página tras página sin anotar nada. O, peor aún, que con nuestros descuidos deliberados, con nuestras torpezas y pecados, esas páginas quedan plagadas de tachones y manchas.

El que todo eso dependa de nuestra libertad personal, es siempre un motivo de esperanza. Dios –nos dice la Escritura- *desde el principio creó al hombre y lo dejó en manos de su propio albedrío*¹. El Señor ciertamente nos quiere cerca de Él, como nos lo ha demostrado en la reciente celebración de la Navidad. Nos tiende afectuosamente la mano, pero nunca nos obliga a estrechársela.

Es responsabilidad nuestra, en cada caso, el modo en que orientamos nuestra vida. Sabemos que no nos van a faltar dificultades para avanzar en la dirección correcta, pero también que no nos faltará la gracia de Dios. Y, con ella, las orientaciones que maternalmente nos ofrece la Iglesia. La vida del cristiano que procura ser coherente con su fe, nunca ha sido una *novela rosa*; algo que sale a las mil maravillas. Por el contrario, siendo realistas, pisando firmemente el terreno que nos ofrece el Nuevo Año, tendremos que asumir tanto nuestras propias limitaciones, como las incontables dificultades de la vida; y, en consecuencia, la ineludible presencia del sufrimiento. Pero conviene recordar, como sabiamente enseñaba Benedicto XVI en su encíclica sobre la esperanza cristiana, que *lo que cura al hombre (lo que hace profunda y auténtica su vida) no es esquivar el sufrimiento y huir ante el dolor, sino la capacidad de aceptar la tribulación, madurar en ella y encontrar así su sentido mediante la unión con Cristo, que ha sufrido con amor infinito*².

Por tanto, acometamos el año que comienza con optimismo y esperanza, pero también con realismo. No son incompatibles. ¡Al contrario! Siempre he pensado que cuanto más exacto sea el conocimiento de nuestra propia situación (incluidas nuestras pasiones y debilidades) y de las circunstancias que nos rodean (aunque con frecuencia no sean agradables), más atinada será nuestra actuación y más lograda nuestra existencia. Me parece que a esto se refería el padre Richard Neuhaus cuando decía que *el optimismo no deja de ser una cuestión de óptica, de ver lo que queremos ver, y no ver lo que no queremos. La esperanza solo es tal cuando es esperanza con los ojos abiertos también a todo lo que la pone en entredicho*³.

Si abrimos bien los ojos a la situación que nos ofrece el año 2019, es claro que junto a sus luces, encontraremos sombras; junto a sus oportunidades, riesgos; junto a algunas respuestas, difíciles interrogantes. Y esos evidentes contrastes de ningún modo deben

¹ *Sirácida* 15, 14.

² BENEDICTO XVI, *Spe salvi*, n. 37.

³ R.J. NEUHAUS, *American Babylon: Notes of a Christian Exile*, p. 216.

inhibirnos, sino más bien estimularnos a la acción. A recorrerlo con paso firme. Sin miedos ni amarguras.

Lo primero, si queremos hacerlo bien, como Dios manda, será comenzar por el cambio personal. San Josemaría dirigiéndose a sus hijos al término de un año, los animaba a mejorar interiormente, dando cada quien un tono deportivo a ese esfuerzo espiritual: *Solo luchando repetidamente –insistía-, venciendo unas veces y otras no, en cosas pequeñas, que de suyo no son pecado, que no tienen una sanción moral muy fuerte, sino que son debilidades humanas, faltas de amor, faltas de generosidad, solo una persona que hace cada día su gimnasia podrá decir con verdad que, al final, tendrá una vida nueva. Solo quien hace esa gimnasia espiritual llegará*⁴. Conquistará la meta, alcanzará la santidad.

Hay un grave peligro que puede presentarse, al comienzo del año, o a lo largo de la vida: *el desaliento*. El peso abrumador que a veces presenta la propia flaqueza. Recuerdo (estaba yo en Roma por aquel entonces) que en una alocución dirigida a los fieles en el Vaticano ocho días antes de su muerte, el Papa Juan Pablo I abordó el tema de la esperanza cristiana. Y, específicamente, este punto: el peligro del desánimo. Si alguien, por sus propias debilidades, se considerara incapaz de tener esperanza, le vendría bien recordar lo que

lo que él proponía a una señora que acudía a su confesonario años atrás: *Estaba desalentada, porque –decía ella- había tenido una vida borrascosa. ¿Puedo preguntarle – le dije- cuántos años tiene? –Treinta y cinco-. ¡Treinta y cinco! Pero si usted puede vivir todavía otros cuarenta o cincuenta años y hacer un montón de cosas buenas. Entonces, arrepentida como está, en vez de pensar en el pasado, piense en el porvenir y renueve, con la ayuda de Dios, su vida*⁵

Pues nosotros, igual. A cerrar ese álbum viejo del año pasado y a abrir con ilusión el nuevo. Poniendo en cada página, en cada día, todo el amor de que seamos capaces. Y si en algún momento nos sale un manchón, acudamos con sencillez y humildad al sacramento de la misericordia, a la confesión, y ¡a comenzar de nuevo!

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, a 9 de enero de 2019, aniversario del nacimiento de san Josemaría

⁴ SAN JOSEMARÍA, *En diálogo con Dios*, 15, 2b.

⁵ JUAN PABLO I, *Aloc. 20-IX-1978*.